

## DISCURSO DEL DOCTOR ENRIQUE ZULETA ALVAREZ

*Antes que nada quiero agradecer a los amigos de la Ciudad Católica el gran honor que me han hecho al invitarme a que les dirija la palabra en la cena de esta noche. La invitación, además, tiene un significado especial, ya que en años anteriores han hablado tres de mis hijos. Me parece, pues, una circunstancia gratísima que ahora le sea permitido al padre volver a dar testimonio ante ustedes de los valores de una tradición compartida por la gente de mi sangre.*

*El reencuentro con España es siempre para un hispanoamericano un motivo de reflexión sobre la índole de nuestra condición histórica y espiritual. Solamente adquirimos una dimensión verdadera, cuando nos reconciliamos con la fisonomía que nos es propia, cuando abundamos en las raíces que fundamentan nuestro ser, las que se hunden en el suelo fecundo de la personalidad auténtica.*

*Como lo señaló Maeztu en una proposición clásica, de decisiva proyección histórica, somos, en la medida que persistimos en nuestra entidad original. Pero, en ese camino hacia la índole auténtica, los americanos damos con otra entidad no menos real, y que es la que da principio y sentido a la personalidad propia. Por América llegamos a España y sólo desde España podemos proyectarnos a una comprensión abarcadora de la peculiaridad que nos caracteriza. Estamos, entonces, ante ese ente histórico que Maeztu definió como la hispanidad, y que debe ser declarado como premisa fundamental, toda vez que un americano se refiera a la realidad fundadora de su existencia.*

*La lengua española, la religión católica y un depósito común de valores sociales y culturales incorporados a Hispanoamérica por obra de una historia común, son los elementos de esa formidable creación que define el ser y el obrar hispánicos. Desde esa perspectiva podemos celebrar las hazañas ilustres del pasado, y gracias a sus valores vigentes estamos en condiciones de afrontar las peripecias del presente y del futuro. Pero la seguridad que nos da esa base no nos impide advertir los graves problemas del vivir contemporáneo.*

*Además, en la emergencia de la crisis, hay sombras en el firmamento de algunos de nuestros pueblos. Se levantan voces agoreras, se duda de todo y en ese escepticismo viene, a veces, una parálisis de las energías que habría que aplicar para solucionar los problemas que asaltan desde todos los ángulos.*

*En estas circunstancias, pues, se debe recordar que el valor de la hispanidad estriba, ante todo, en que como hecho de suma realidad que es, se mantiene vigente en la medida en que existen nuestros pueblos. Es la forma que los determina y los rige, hasta el punto de que si no existiera, éstos se habrían disuelto en el magma informe de la historia. Como ello no ha ocurrido, debemos reflexionar sobre la índole de la crisis desde una perspectiva que afirma la vigencia indubitable de la hispanidad.*

*Recordemos, también, que la inteligencia nos ha entregado la verdad de un conocimiento de nuestra entidad hispánica, pero que lo que nos asegura la realidad de su encarnación en el presente y su proyección en el futuro, es la conjunción de dicha inteligencia con la voluntad, tan esclarecida en los principios y fines verdaderos como tenaz, persistente, sacrificada e infatigable en la obra de la vida concreta.*

*Nuestros pueblos habrán de contar, pues, con la verdad de una doctrina y la bondad de una voluntad firme en el obrar ejemplar; todo ello bajo el imperio dulce de la caridad que proyecta su sentido trascendente sobre las penurias de una historia que, sin la fe, quedaría reducida al sin sentido pagano.*

*Los hispanoamericanos que partimos de la hispanidad como de un dato esencial y necesario, definidor de nuestra entidad histórica y cultural, sabemos*

que hay una tradición americana que está viva y presente, a pesar de las corrientes negativas que atraviesan con fuerza muchas zonas de la realidad actual. Pero esa tradición, como tal, no es una simple juxtaposición de elementos inertes, sino un factor poderoso y esencial de la acción concreta. La vigencia de esa tradición exige el esfuerzo de nuestra inteligencia y voluntad para que aquélla se encarne en la realidad presente y sea también ideal configurador del futuro.

Ardua y difícil empresa, sin duda. Pero nadie ha dicho que las grandes hazañas —y ésta lo es— sean fáciles. Lo que se debe encarecer no son las penurias de la tarea, sino la obligación moral de la acción y la alegría plena y profunda de quien sabe que cumple con su deber. Frente al pesimismo derrotista y caviloso hay que erigir en nuestro tiempo el optimismo del cristiano que no desfallece jamás, pues no ha puesto en esta tierra el final de su jornada.

Para los pueblos hispanoamericanos no hay duda alguna en cuanto a la necesidad y urgencia de reactualizar permanentemente la tradición hispánica y católica. Y ha sido precisamente gracias a la vigencia de sus valores que la hispanoamérica de hoy ha podido salvarse de la ola destructiva y revolucionaria que pretendía anegar algunos países situados al sur del continente.

Desde la perspectiva de un espíritu hispánico —español y americano—, vivificado por la verdad, debemos reafirmar nuestro compromiso con una tradición que hizo la grandeza del pasado y hoy mantiene reservas estupendas para afrontar los aspectos diversos de la crisis.

En este viaje a España, y durante la temporada que he vivido en esta tierra que siento como propia, puedo decir que he vuelto a sentir en toda su fuerza y su verdad esa tensión noble y esforzada en favor de las grandes causas comunes a la estirpe. No hace mucho, en Segovia, y en un retiro de meditación y de acción, en compañía de una estupenda representación de la juventud española, volví a encontrar esa conjunción armoniosa de la inteligencia y la voluntad que es la clave de las empresas nobles y trascendentales. En el aire claro y transparente que definía el recuerdo de San Juan de la Cruz, y en esa atmósfera que vibraba al impulso de una energía todo espíritu y transcendencia, sentí en toda su plenitud la presencia de un nervio vital que me explicaba la maravillosa perduración de lo mejor del alma española. Comprendí entonces lo superficial y vacío de todo escepticismo y me regocijé profundamente de haber vuelto a ese hogar de la estirpe y del espíritu.

Recordé, también, que hace años, en 1898, cuando España atravesaba la crisis tremenda de la derrota, un gran poeta americano, Rubén Darío, vino a España, no para entonar la elegía del desastre, sino para cantar la gesta de un renacimiento. En ese esfuerzo heroico que él pedía a los pueblos hispánicos estaba la realización de un acto de voluntad nacional por parte de España, pero también la promesa de toda hazaña americana.

Quiero, pues, finalizar estas palabras diciendo que hoy, hispanoamérica, madura en la conciencia de una tradición común, ve en España la garantía de ese lazo entrañable que deberá unirnos a todos en el magno esfuerzo común de ser fieles a la verdad de una tradición inmarcesible. Y para ello, nada mejor que traer esta noche el verso de Darío:

¡Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,  
mientras la onda cordial alimente un ensueño,  
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,  
un buscado imposible, una imposible hazaña,  
una América oculta que ballar, vivirá España!

Enrique Zuleta Alvarez